

Flory Chaves

VIDA Y RESURRECCION EN EL PENSAMIENTO DE ERICH FROMM

Summary: *The main purpose of this piece of work is to investigate, in the Erich Fromm work, two main aspects fundamental for mankind: life and resurrection.*

Principal sections of the work are: brief biography, general philosophical thought, and a deep study of the indicated thesis.

Finally, the conclusions are indicated.

Resumen: *El trabajo tiene como propósito investigar en las obras de Erich Fromm dos aspectos fundamentales para el hombre de hoy: vida y resurrección.*

Consta de una biografía breve, se explican las líneas generales de su pensamiento y se ahonda en las tesis indicadas.

Al final se anotan las conclusiones.

BIOGRAFIA

Erich Fromm nació el 23 de marzo de 1900 en Frankfurt, Main, Alemania y murió en 1980 en Muralto, Ticino, Suiza.

Creció y se educó en el seno de una familia judía de raigambre religiosa. El libro clave de su infancia y quizás de su vida entera, fue el Antiguo Testamento; en el año 1966 publicó su obra *Y Seréis como Dioses*, en la cual intenta interpretar antropológicamente la Biblia hebrea, reliquia histórica de la humanidad, que en su opinión, contiene en esencia uno de los gérmenes más antiguos del humanismo, cuyas raíces se hunden en lo profundo de la historia del pueblo judío e inspira las grandes religiones: judaísmo, cristianismo e islamismo y en general, el desarrollo cultural humanista de Europa, América y el Cercano Oriente.

El Antiguo Testamento lo considera Fromm como un proceso de liberación, desde los lazos simbiótico-incestuosos con la sangre, el suelo, los ídolos reificantes, la esclavitud de los judíos en Egipto, hasta la liberación del individuo para sí mismo, su nación, su sociedad y, en última instancia para el mundo entero (1).

Fromm estudió psicología, sociología y filosofía en Alemania, en las universidades de Frankfurt, Heidelberg y Munich y alcanzó el grado de Doctor en Filosofía, en Heidelberg en el año 1922. Realizó su entrenamiento psicoanalítico en Berlín en el Instituto de Psicoanálisis, hasta su graduación en 1931. Como se sabe, este fue el primer Instituto de enseñanza y aprendizaje de la teoría y técnicas psicoanalíticas. Trabajó también en el Instituto de Investigación Social de la Universidad de Frankfurt, con el que han tenido mucho que ver hombres como Max Horkheimer, Theodor W. Adorno y Walter Dirks; esta institución se fundó en un intento por desarrollar una psicología social analítica de orientación estrictamente freudiana (2).

Entre los años 1930 y 1932, el partido nacional socialista de A. Hitler adquirió inusitado poder en Alemania. De este modo, en enero de 1933, Hitler tomó el poder y entonces comenzó verdaderamente la era nazi alemana, con todo su despliegue de inhumanidad. El terror, el racismo, la manipulación y la persecución de personas, fueron, desde entonces, el clima psicosocial que le tocó vivir a Fromm. Este enrarecido ambiente, motivó su emigración a los Estados Unidos, en la década de los treinta. En 1939 publica, ya en Norteamérica, un trabajo sobre filosofía social de la terapia de la voluntad. En 1941, en Nueva York, aparece su famoso libro *El Miedo a la libertad*. En adelante publicará el resto

de su obra, sus trabajos y libros fundamentales, y desde luego, sus concepciones más importantes y sistemáticas, dentro de una línea social-humanista, en el continente americano, entre Estados Unidos y México.

Sus inquietudes sobre el hombre y su futuro en una sociedad deshumanizada y deshumanizante, lo llevaron a participar activamente en teoría y praxis, en apoyo a los movimientos pro paz mundial.

Obras principales

El arte de amar
Humanismo socialista
El dogma de Cristo
El miedo a la Libertad
La condición humana actual
Y seréis como dioses
La crisis del psicoanálisis
Podrá sobrevivir el hombre?
La revolución de la esperanza
Ética y psicoanálisis
Psicoanálisis de la sociedad contemporánea.

Líneas fundamentales de su pensamiento

Erich Fromm, movido por una básica y radical inquietud por el hombre, construyó a lo largo de su vida, una antropología humanista, cuyos dos polos son el psicoanálisis de Sigmund Freud y el materialismo dialéctico de Karl Marx y Friedrich Engels, y aunque la teoría de Fromm es una psicología socialanalítica de inspiración marxista, cuyas implicaciones trascienden la base misma de una orientación psiquiátrica-dinámica y hasta la línea directriz de un método psicoterapéutico, es necesario reconocer la dimensión antropológica del pensamiento frommiano, y es justamente esta dimensión, el centro de su pensar y quehacer.

Se dice que Fromm sigue una línea freudiano-marxista, sin embargo el uso de este término sólo se justifica por motivos prácticos, para etiquetar un conjunto de discursos que se mueven en las márgenes de estas corrientes. No hay un cuerpo de doctrina único, estable y sistemático; solo entre los miembros de la Escuela de Frankfurt de la primera generación, cuando unen a Freud con Marx, se observa una coherencia común de planteamientos y ello no a causa de su adscripción al freudomarxismo sino por compartir la llamada teoría crítica.

Fromm tuvo un sólido bagaje filosófico y a la vez, se formó en el Instituto Psicoanalítico de Berlín, su producción más significativa se desarrolló

cuando se separó del Instituto de Filosofía social de Frankfurt. Se instaló entonces en un marxismo humanista cálido, dialogante y abierto a otros humanismos, que compagina con un Freud revisado en aspectos sustanciales, esto le valió las críticas y el repudio agrio de sus antiguos compañeros frankfurtianos.

Fromm corrigió a Freud desde un naturalismo rousseauiano lleno de confianza en las posibilidades de la cooperación humana y la buena voluntad moral; y más aún, desde el marxismo de los Manuscritos, porque Fromm da más importancia a la historia para explicar las relaciones humanas, que a los mecanismos instintivos.

Según Fromm, la naturaleza humana mínima y el temperamento que se hereda, se articulan históricamente en diversos caracteres, que se estructuran en contacto con el mundo material y social en el cual se vive, esto y no la libido, es lo que decide el componente más importante de la personalidad.

El encuentro buscado entre Freud y Marx viene a ser, en manos de Fromm una tesis humanista. El cree en la recuperación del hombre y el crecimiento de un yo asediado por la máquina social, sin embargo, no hace en ningún momento un análisis que busque el enfrentamiento radical o violento porque no se deja seducir por el radicalismo de ambos, sino por sus ideales, profundamente humanos. Fromm va a favor del hombre en universal, y no de una ideología determinada.

La vida

En su obra *Y Seréis como dioses* nos recuerda Fromm el texto bíblico que narra la creación del hombre y de la naturaleza. Dios situó a nuestros primeros padres en el Paraíso terrenal y les dio un orden: no comer del árbol prohibido, el del conocimiento y el de la vida. El fruto del árbol del conocimiento le daría al hombre la sabiduría y el de la vida, la inmortalidad. Aleccionados por la serpiente, Adán y Eva comieron el fruto del árbol del conocimiento y de este modo, dieron un paso, pues diferenciaron entre el bien y el mal, pero fueron expulsados del Edén. El hombre desafió el poder supremo de Dios y fue castigado por su desobediencia, dice Fromm "para impedirle que diera el segundo paso, para convertirse en dioses: al comer del árbol de la vida" (3).

Una vez expulsado del Paraíso empieza el hombre su vida independiente, su acto de desobediencia da lugar al comienzo de la historia humana, como un camino de libertad, y a su vez de sufrimiento.

Piensa Fromm que en la tradición bíblica y en la judía posterior, hay un cierto número de valores centrales: la afirmación de la vida, el amor, la justicia, la libertad y la verdad. El hombre debe escoger entre las alternativas básicas de la vida y de la muerte. Así en Deuteronomio 30, 15 leemos "Mira, yo he puesto delante de tí hoy la vida y el bien, la muerte y el mal". Aquí la vida se equipara al bien y la muerte con el mal. Y en Deuteronomio 30, 19 leemos "Que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición, escoge, pues, la vida para que vivas tú y tu descendencia" (4).

La vida es entonces la norma más alta para el hombre: Dios vive y el hombre también vive, la elección fundamental para el hombre, según opina Fromm, es entre el crecimiento y la decadencia (5).

Se podría preguntar cómo el hombre puede elegir entre la vida y la muerte: está vivo o muerto y no hay elección, a no ser que se considere la posibilidad de un suicidio. Pero es que el texto bíblico no se refiere a la vida y la muerte como hechos biológicos, sino como principios y valores. Estar vivo es crecer, desarrollarse, responder; estar muerto, aunque se esté biológicamente vivo, es dejar de crecer, fosilizarse, hacerse una cosa.

Piensa Fromm que muchas personas no afrontan nunca la alternativa entre los valores de la vida y los valores de la muerte y por eso no viven en ninguno de los dos mundos, son como autómatas cuyos cuerpos están vivos pero sus almas están muertas. Elegir la vida es condición necesaria para el amor, la libertad y la verdad y también para amar a Dios (6).

Estrechamente ligado con el principio afirmativo de la vida, encuentra Fromm que está el principio del amor, expresado en Levítico 19, 18 así "Amarás a tu prójimo como a tí mismo" y más adelante "no hagas a tu hermano lo que no quieres que ellos te hagan a tí". El amor lo define Fromm como un poder activo que atraviesa las barreras que separan al hombre de sus semejantes y lo une a los demás; el amor lo capacita para superar su sentimiento de aislamiento y separatividad, para crecer, en el servicio constante a los demás, manteniendo la propia integridad.

El hombre es un ser vivo y puede crear vida. Esta es la cualidad milagrosa que comparte con todos los seres vivos, pero con la diferencia de que es el único que tiene conciencia de ser creado y creador (7). El hombre y la mujer pueden crear hijos y también pueden crear sembrando semillas, produciendo objetos de arte, creando ideas, amán-

dose el uno al otro. En el acto de la creación, el hombre se trasciende a sí mismo como criatura, y se eleva por encima de la accidentalidad hasta la esfera de la iniciativa y la libertad. Y es en esa necesidad de trascendencia donde residen las raíces del amor, del arte, la religión y la producción material.

A diferencia de los otros organismos vivos, el hombre no puede repetir patrones de su especie, sino que tiene que construir su propia vida. Es el único animal para quien su propia existencia constituye un problema que debe resolver y el cual no puede evadir. No puede retornar al estado prehumano de armonía con la naturaleza; debe proceder a desarrollar su razón hasta llegar a ser el amo de sí mismo y de la naturaleza.

Opina Fromm que el hombre es el animal más desamparado debido a que tiene que adaptarse a su medio, y a la vez debe cambiar las situaciones ambientales, porque no hay alternativa, o se adapta o muere. Es parte de la naturaleza y como tal está sujeto a las leyes físicas que no puede variar, sin embargo, trasciende el resto de la naturaleza, de la que está separado y es a la vez parte. Ha sido lanzado accidentalmente a este mundo cuando nace y debe dejarlo accidentalmente, cuando muere. Captándose a sí mismo, se da cuenta de su impotencia y de sus limitaciones y a la vez, vislumbra su propio fin, que es la muerte. La emergencia de la razón ha creado una dicotomía en el hombre, que lo obliga a esforzarse permanentemente por buscar una solución a los problemas que se le plantean. El dinamismo de su historia es intrínseco a la existencia de la razón, que lo obliga a desarrollarse, a crear un mundo propio en el cual se pueda sentir como en su hogar, consigo mismo y con sus semejantes. Piensa Fromm que al perder el hombre su unidad con la naturaleza, en el Paraíso, se convirtió en el eterno peregrino. Está obligado a proseguir su ruta con esfuerzo constante, haciendo que lo desconocido sea conocido y llenando con respuestas las lagunas de su conocimiento. Debe dar cuenta de sí y del significado de su existencia, atormentado por una sed de absoluto, de infinito, en busca de una nueva armonía que logre levantar la maldición que lo separó de la naturaleza, de sus semejantes y de sí mismo. (8)

Considera que la división que existe en la naturaleza del hombre conduce a las dicotomías existenciales que están arraigadas en la existencia misma del ser humano. Estas dicotomías no se pueden anular, pero sí puede reaccionarse ante ellas de varias maneras, según el carácter y la cultura. La

dicotomía existencial fundamental es la de la vida y la muerte. El hombre tiene conciencia de que debe morir, y este hecho influye profundamente en su vida. La muerte es lo diametralmente opuesto a la vida y es incompatible con la experiencia de vivir. Se ha tratado de negar esta dicotomía por medio de las ideologías y las religiones: por ejemplo en el cristianismo, al postular un alma inmortal, se niega el hecho trágico de que la vida del hombre concluye con la muerte. El que el hombre sea mortal da lugar a otra dicotomía; cada ser humano porta todas las potencias humanas, pero no las puede realizar todas porque la vida es muy breve, ni aún viviendo en las condiciones más favorables. Algunas ideologías tienden a reconciliar o negar la contradicción, sosteniendo que el cumplimiento pleno de la vida, tiene lugar después de la muerte o que el período histórico en que uno vive representa el logro definitivo y cimero de la humanidad. Otros sostienen que el sentido de la vida no se debe buscar en el desarrollo máximo de ésta, sino en el servicio y en los deberes sociales, que el desarrollo, la libertad y la felicidad del individuo están subordinados al bienestar del Estado, de la comunidad o de cualquier otra cosa que pueda simbolizar un poder eterno, que trascienda al individuo. El hecho concreto es que el hombre está solo en las situaciones fundamentales de la vida y al mismo tiempo en relación. Tiene que estar solo cuando juzga o toma una decisión, pero no puede estar desvinculado de sus semejantes, y su felicidad depende de la solidaridad que sienta con ellos (9).

Sólo utilizando sus propios poderes puede el hombre darle significado a su vida, vivir productivamente. Sólo mediante una constante vigilancia, actividad y esfuerzo, podemos evitar el fracaso de la única cosa importante que es el pleno desarrollo de nuestros poderes, dentro de las limitaciones impuestas por las leyes de nuestra existencia.

Solamente reconociendo la situación humana, las dicotomías inherentes a su existencia y la capacidad de desplegar sus poderes, será capaz el hombre de tener éxito en su tarea que es la de ser él mismo, para sí mismo y alcanzar la felicidad mediante la realización plena de las facultades que le son propias: la razón, el amor y el trabajo productivo, creativo, que está ligado con el concepto de biofilia para Fromm, en contraposición a la necrofilia que es la tendencia a colocar el progreso técnico como el valor más alto, concediéndole un énfasis desmedido a lo mecánico, lo no vivo, lo hecho por el hombre. Un síntoma de la atracción que ejerce lo puramente mecánico es la creciente

popularidad, entre el público y algunos hombres de ciencia, de la idea de que es posible construir en el futuro computadoras que no difieran del hombre en cuanto a su pensamiento, sentimiento o cualquier otro aspecto de sus funciones. Pareciera que detrás de esta idea lo que hay es un deseo de huir de la vida y de la experiencia humana hacia lo mecánico y lo puramente cerebral. La posibilidad de construir estos robots pertenece al futuro, sin embargo, opina que hay en la actualidad hombres que actúan como robots y cuando la mayoría de los individuos sean robots, entonces no habrá problema en construir robots semejantes a esos hombres. La computadora ayuda en la realización de operaciones mecánicas, pero nunca podrá sustituir al hombre y la vida.

Opina Fromm que para crear hay que actuar y amar lo que se crea, pero, ¿cómo resuelve el hombre el problema de trascenderse a sí mismo, si no es capaz de crear, si no puede amar? Pues si no puede crear, entonces puede destruir. Para el hombre el trascender es una existencia, y destruir la vida es también una forma de trascenderla. En el acto de destrucción, el hombre se coloca encima de la vida, se trasciende a sí mismo como criatura, y así, la elección definitiva cuando se siente impulsado a trascenderse, es crear o destruir, amar u odiar. El poder de la voluntad de destruir que vemos a lo largo de la historia del hombre, y hoy más que nunca, está enraizado en su propia naturaleza, así como también la tendencia a crear. Afirma Fromm que creación y destrucción, amor u odio no son dos instintos que existan independientes, sino dos soluciones a la misma necesidad de trascendencia, y así la voluntad de destruir surge cuando un hombre no puede satisfacer la voluntad de crear, que conduce a la felicidad; la destructividad lleva al sufrimiento, sobre todo para el mismo destructor. La vida es un milagro que no se puede explicar y por eso es también inexplicable que alguien quiera destruirla (10).

La Resurrección

Fromm redefine el sentido de resurrección, sin referencias teológicas, aunque considera que el significado que el cristianismo da a la resurrección, podría ser una posible expresión simbólica. Habla de la resurrección no como una realidad después de esta vida, sino de la transformación de esta realidad encaminada a aumentar la vida. "El hombre y la sociedad resucitan a cada momento en el acto de esperanza y de fe del aquí y el ahora" (11).

Dice que cada acto de amor, de consciencia y de compasión llevan al hombre a la resurrección, mientras que cada acto de pereza, avidez y egoísmo lo llevan a la muerte. A cada momento de nuestra vida estamos enfrentados a la alternativa entre resurrección y muerte y tenemos que escoger. La respuesta no consiste en lo que pensamos o decimos sino en lo que hacemos.

Intimamente relacionado con el tema de la resurrección, encontramos un texto en la obra *Y Seréis como Dioses* (12) en el cual nos habla Fromm del pasaje bíblico relativo a la salida del pueblo de Israel de las tierras de Egipto, cuando Dios dijo que iba a endurecer el corazón del Faraón, para que al fin los dejara salir. Y este endurecer el corazón humano no proviene de Dios, sino del hombre, del Faraón, quien no quiso escuchar la voz de Moisés. Destaca aquí Fromm una de las leyes fundamentales de la conducta humana, dice que todo acto malo endurece el corazón, lo mata, mientras que los actos buenos lo hacen crecer. Cuando más se endurece el corazón, menos libertad hay para caminar porque la acción está determinada por las actuaciones previas, se pierde la posibilidad de libertad y se debe seguir adelante hasta el fin inevitable, que es la propia destrucción física o espiritual.

Otro tema que tiene relación con la resurrección es el de la trascendencia, no en sentido vertical hacia Dios, sino horizontal, hacia el mundo y hacia los hermanos. Trascender el yo, dice Fromm, es "dejar la prisión del egoísmo y del aislamiento para abrírnos hacia el mundo, es un imperativo, para ello debemos reducir o abandonar el narcisismo, las fijaciones incestuosas y la avidez, y además, superar las tendencias destructivas y necrófilas" (13). El hombre trasciende su soledad cuando ama, cuando crea una obra artística, cuando ejecuta un trabajo productivo, cuando da la mano a un necesitado y renace en cada una de estas acciones, porque crece y se renueva.

La vida está en constante cambio, y en ningún momento permanece igual, de ahí la importancia de trascender y superarse. La vida que se estanca, tiende a desaparecer. Si el estancamiento es completo, se produce la muerte. Cambiamos constantemente para bien o para mal, para hacernos más fuertes o más débiles, más sabios o más tontos, más valerosos o más cobardes (14). En cada segundo nos jugamos la vida; cada decisión es un paso hacia lo mejor o hacia lo peor, y lo mismo sucede con nuestros semejantes, ahora y aquí debemos actuar en favor de una idea, de una causa, de

un ser humano, y en esa medida crecemos y resucitamos.

Conclusión

Como hemos visto en este conciso trabajo, limitado por la organización del Congreso, hay muchas referencias a textos bíblicos en las obras de este pensador, debido a su origen y formación. Cuando habla del árbol del bien y del mal y del árbol de la vida (15) los toma al pie de la letra, no como símbolos, y nos deja la sensación de que nuestros primeros padres estuvieron a un paso de alcanzar el fruto del árbol de la vida, con lo cual se hubieran hecho inmortales y nos hubieran heredado esa condición. El texto dice que la serpiente preguntó a Eva por qué no comían del árbol que estaba en el centro del jardín. Ella le replicó que si desobedecían morirían, a lo cual el animal le dijo "de ninguna manera moriréis, es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal" (Génesis 1, 3). Lo que ocurre es que este texto, como muchos de la Biblia, no se pueden tomar sino como enseñanzas. Dios no le prohibió, en un primer momento a Adán comer del árbol de la vida, porque esto no cobra importancia, sino hasta que el hombre incurre en la muerte, al comer el fruto del árbol de la ciencia, por la sencilla razón de que la vida ya la tenía Adán, no tenía necesidad de tomar el fruto del árbol de la vida, para adquirirla, y en ningún momento el texto bíblico habla de inmortalidad. Después de que Adán y Eva son expulsados del Edén, nos dice el autor sagrado que Dios, reflexionando, piensa que ya Adán y Eva conocen el bien y el mal, y ahora se debe tener cuidado de que no coman del árbol de la vida, porque entonces vivirán para siempre. Este texto tiene un fin didáctico: llevarnos a la reflexión de que el hombre muere cuando traspasa sus límites. El árbol de la ciencia y el árbol de la vida están en el centro simbolizando que Dios debe estar en el centro de nuestra vida, y es quien pone el límite a la existencia humana.

Opina Fromm que vida y muerte no se deben tomar según el texto bíblico, en sentido biológico, sino como valores, en esto concuerdo con él. Estar vivo es crecer, crear y estar muerto es fosilizarse, ser una cosa, y aquí radica, en mi criterio, la importancia del pensamiento de Fromm respecto a los temas tratados, pues constituyen un mensaje para el hombre de hoy y de todos los tiempos. No se

trata de vivir por vivir, sino de vivir para un fin determinado, y este fin debe ser de tal suerte que favorezca nuestro mejor ser, con una proyección inmediata hacia los que se relacionan con nosotros en primera instancia y con la humanidad, en una proyección más amplia. El texto bíblico quiere decir que el hombre fue creado por Dios y que el mal es consecuencia de la libertad humana. En relación íntima con el mal, está la muerte porque al proceder mal el hombre rompe con Dios en primer término, luego con las leyes naturales y se destruye.

En correspondencia con el principio de la vida, está el principio del amor, que traspasa el Antiguo y el Nuevo Testamento. En el mundo griego encontramos que Hesíodo hace referencia en la Teogonía a Eros como el más hermoso entre los Dioses inmortales "que rompe las fuerzas y que de todos los Dioses y de todos los hombres, domeña la inteligencia y la sabiduría en sus pechos" (16).

Y Empédocles nos habla de cuatro elementos que forman los seres y de dos fuerzas antagónicas, el amor y el odio que separa y destruye. En el Banquete platónico el Eros se nos define como un gran Daimon, intermediario entre los Dioses y los hombres, un impulso capaz de hacer que el hombre se eleve más allá de sí mismo.

Para Fromm el amor es una actividad, no en sentido especulativo, sino como un estar continuado, y dice que la característica fundamental del amor es dar, quien ama da, no recibe. "Tal experiencia de vida y potencia llenan de dicha al que da. Dar produce más felicidad que recibir, no porque sean una privación, sino porque en el acto de dar, está la expresión de mi vitalidad" (17).

Con frecuencia pensamos que la manera más importante del dar es el de las cosas materiales, sin embargo, Fromm nos lleva a la reflexión de que sin despreciar este aspecto que a veces es necesario, la esfera del dar cobra mayor importancia en el dominio de lo específicamente humano. Dar de sí, de la propia vida: alegría, interés, comprensión, conocimiento, enriquece a la persona que recibe la acción, pero en mayor medida a quien la da. Y es porque algo nace en el acto de dar, algo intangible. Cuando amamos, producimos amor, ponemos en el mundo algo que ha salido de nuestro propio ser y que beneficia, embellece nuestra existencia, la del que recibe la acción y en alguna medida al mundo, porque el amor es una expresión de vida.

El hombre corriente vive a nivel de la supervivencia, de la recolección de alimentos, pero eso no es suficiente, porque también tiene espíritu, ima-

ginación, consciencia y libertad. Es por esta razón que él tiene impulsos transutilitarios que expresan una necesidad fundamental y específicamente humana que es la de relacionarse con sus semejantes, con la naturaleza, consigo mismo y en un sentido más alto, con Dios. La acción en el plano de la supervivencia es el trabajo, y en el ámbito transvivencial, es el juego, al igual que todas las actividades que se relacionan con el culto, los ritos y el arte. El creciente avance científico que ha empujado la tecnología y transformado la vida social, hace que el hombre de hoy se sienta en muchos aspectos, como una cosa y pierda su identidad. El problema más serio se presenta cuando personas que conscientemente se han convertido en cosas, conservan en su inconciente valores a los cuales no se adapta su conducta. Esto les produce un grado de disociación que puede convertirse en un serio desajuste. En otras palabras hay una dicotomía entre el yo y el superyo. Si aplicamos a esta persona las categorías frommianas podríamos pensar que se está produciendo una muerte lenta, porque lo que da vida son las acciones que tienden a la armonía del hombre consigo mismo, y con sus semejantes. La desarmonía y el desajuste llevan a la destrucción.

Los temas vida y resurrección están estrechamente ligados, porque sólo quien vive o ha vivido, puede resucitar, a través de actos de vida, fe y esperanza. Sólo quien ama verdaderamente, es capaz de trascender su individualidad.

Es importante considerar que no tenemos que esperar la muerte, ni el final de los tiempos para vivir una vida de resurrección, ésta puede ser aquí y ahora. No descarto en absoluto la resurrección post mortem, aún más, espero en ella, pero creo que es mediante la transformación personal, el servicio constante a los demás, a través de la palabra y la acción, como nos abrimos a un mundo pleno de vida.

BIBLIOGRAFIA

- Basabé Barcalá, José. *Síntesis del pensamiento de Fromm*. Editorial Nova Terra, Barcelona, 1974.
- Caparros, Antonio. *El Carácter social según Erich Fromm*. Editorial Sígueme, Salamanca, 1975.
- Fromm, Erich. *El Arte de Amar*. Ediciones Paidós, Barcelona, 1980.
- Fromm, Erich. *Ética y Psicoanálisis*. Fondo de Cultura Económica, México, 1986.
- Fromm, Erich. *Y Seréis como Dioses*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1967.
- Fromm, Erich. *La Revolución de la Esperanza*. Fondo de Cultura Económica, México, 1985.
- Fromm, Erich. *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*.

Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

Hesíodo, *Teogonía*, Editorial Porrúa, México, 1974.

Taberner, Guasp. José.

Rojas Moreno, Catalina, Marcuse, Fromm, Reich: *El freudomarxismo*, Editorial Cincel, Madrid, 1985.

NOTAS

(1) Fromm, Erich. *Y Seréis como Dioses*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1967, p. 15.

(2) Cfr. Barcalá Basabé José. *Síntesis del pensamiento de Fromm*, Ed. Nova Terra, Barcelona, 1974, p. 14, 15.

Fromm, Erich, *Y Seréis como Dioses*, op. cit., p. 27.

(4) *Ibid.*, p. 27.

(5) *Ibid.*, p. 158.

(6) *Ibid.*, p. 159.

(7) Fromm, Erich. *Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p. 38.

(8) Fromm, Erich. *Ética y Psicoanálisis*. Fondo Cultura Económica, México, 1986, p. 54.

(9) *Ibid.*, p. 58.

(10) Cfr. Fromm, Erich, *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, p. 38.

(11) Fromm, Erich. *La Revolución de la Esperanza*. Fondo de Cultura Económica, México, 1985, p. 28.

(12) Cfr. Fromm, Erich. *Y Seréis como Dioses*, p. 92.

(13) *Ibid.*, p. 58.

(14) Cfr. Fromm, Erich. *La Revolución de la Esperanza*, p. 27.

(15) Cfr. Fromm, Erich. *Y Seréis como Dioses*, p. 27.

(16) Hesíodo. *Teogonía*, Editorial Porrúa, México, 1974, p. 4.

(17) Fromm, Erich. *El arte de amar*, Ed. Paidós, Barcelona, 1960, p. 32.

...the human origin and destiny, this light also presents certain margins of action; the quest for a stable social order, peace and happiness are as ingrained in the human condition as pain and death, and this deserves to be the object of philosophical reflection.

Resumen: La condición humana se caracteriza por la estrechez de sus límites. Límites espaciales y temporales; límites de salud y de talentos; y, sobre todo, los límites abismales del origen y destino humanos. Pero también la vida presenta ciertos márgenes de acción: la búsqueda de un orden social estable, de la paz y de la felicidad son tan propios de la condición humana como el dolor y la muerte, y merecen ser el objeto de la reflexión filosófica.

La condición humana se caracteriza por la estrechez de sus límites. Límites en el espacio y en el tiempo; límites sociales y económicos; límites de salud y de talentos; y, por encima de todo, los límites abismales que representan la incógnita suprema del origen y del destino humanos. Sin embargo, también la vida presenta unos márgenes de acción y de creación que merecen ser objeto de la reflexión filosófica. En efecto, la búsqueda de un orden social estable, de la paz y, en definitiva, de la felicidad, son tan propios de la condición del hombre como lo son el dolor y la muerte.

Como la relevancia de esos márgenes solo destaca a la contraluz de los límites, intentaremos ocuparnos de las posibilidades de la humana acción

sin perder de vista las incluíbles frías esenciales, señalando de contrapuestas entre las que humanas.

Es posible que la vida del hombre carezca de sentido último: que todo esté regido por el azar, el ciego destino, el caos, el absurdo y la ilusión; y que a la postre todo resulte sin valor y vacío. Que se pueda hablar con el inglés Jean Rostand de *la tragique et dérisoire aventure du protoplasme*. Pero esa tesis, que es irrefutable, es indemostrable.

El nihilismo, no puede negarse, tiene su atractivo y su margen de credibilidad. ¿Habría alguien que no haya experimentado el aspecto oscuro de la vida: su opacidad relativa, el silencio de múltiples acontecimientos, las limitaciones de nuestra personalidad, la presencia del dolor — ese compañero de ruta inevitable — y, finalmente, la ineludibilidad de la muerte? ¿No nos sentimos con frecuencia extranjeros al mundo y a nosotros mismos? ¿No percibimos a veces un eco poderoso en Nietzsche, Camus y Sartre, de nuestras tragedias íntimas? La tarea del superhombre nietzscheano de "desvalorizar los valores superiores"; a menudo asfixiantes, ¿no estará puesta en razón? Hay algo en los versos que Goethe pone en boca de Mefistófeles que en nuestros momentos de confusión, de incertidumbre y de angustia nos atrae con la fascinación de la nada:

*"Soy el espíritu que siempre niega.
Y ello con razón, pues todo lo que hace
no vale más que para parecer,
por eso sería mejor que nada surgiera"*

Las tendencias tanásicas y destructivas, tan puestas en evidencia por la psicología profunda

Lic. Flory Chaves
Escuela de Estudios Generales
Universidad de Costa Rica
Costa Rica